

tituyen como una segunda naturaleza; por lo que, mediante la educación, se ha de infundir en los alumnos hábitos de orden, de moralidad y de trabajo.

El secreto para formar la voluntad, es ejercitarla en *querer*. Para esto sirven las dos reglas siguientes. Primera, no se ha de forzar la voluntad, ni tampoco abandonarla por completo á sí misma. El sistema de la compresión, del temor y de la violencia es inadmisibles y nocivo en la educación, por cuanto ahoga la iniciativa y el sentimiento de responsabilidad, convierte al niño en autómatas, le impide adquirir carácter, y se opone al uso juicioso y prudente de la libertad. La voluntad del niño es una fuerza que ha de ser dirigida y desarrollada, mas no ahogada y suprimida. Hay que formar hombres enérgicos y capaces de obrar, estimulando la acción personal cuando es buena, enderezándola cuando se extravía, y evitando que el alumno se entregue á una pasividad indolente. Tampoco conviene dejar su voluntad entregada á sí misma, porque ésta, sin disciplina y prudente sujeción, tendería, sobre todo en la edad juvenil, á sacudir todo yugo.

Los niños son á menudo veleidosos y aferrados á sus deseos, por perjudiciales que sean. Se corrige este defecto moderándoles los impulsos exagerados, combatiéndoles la precipitación y la rutina, é inculcándoles la docilidad á la voz de la conciencia y al dictamen de personas prudentes. Procúrese con suavidad, tino y constancia, doblegar las voluntades juveniles y acostumbrarlas á la obediencia, base de la educación.

La segunda regla es guiar la voluntad del alumno por medio de la razón y la persuasión, haciéndole comprender que el hombre es inclinado al mal, por lo que necesita de vigilancia para no sucumbir; manifestándole las ventajas de someterse al deber por penoso que sea, la hermosura de la virtud y el mérito del sacrificio, tanto en la otra como en la presente vida; persuadiéndole del influjo favorable ó nocivo de la voluntad en la dirección de la vida, según se funde ó no en el bien; é indicándole que en el orden sobrenatural no puede el hombre hacer obra alguna meritoria sin el auxilio de la gracia divina, por lo que debe

ante todo cuidar de la salud del alma y cuidar de la amistad de Dios.

Lejos de desalentarse el educador por la resistencia y extravíos de los niños, que son física y moralmente débiles, redoblará la vigilancia y las precauciones, á fin de atraerlos al buen camino, infundirles hábitos virtuosos y precaverlos de los peligros. Aun cuando se recomiendan en nuestros días los ejercicios físicos, para educar la voluntad, de muy poco sirven éstos si no se la fortifica moralmente por actos repetidos de dominio sobre sí mismo. Por esto merece alabanza y premio de sus maestros el niño que se esfuerza en someter su voluntad; y aun cuando cometa algunas faltas, téngase en cuenta, para no desalentarse, el imperio de los malos hábitos, y la dificultad de vencerlos desde luego¹.

Como la voluntad es la potencia motriz, influye en el ejercicio de todas las facultades, ó, mejor dicho, en la educación moral del hombre.

Los sentidos, después de la caída original, propenden á lo malo; por lo que es preciso alejarlos de las ocasiones peligrosas, apartarlos de cuanto fomenta la concupiscencia é imponerles privaciones, á fin de reprimir los malos instintos y toda sollicitación perversa. Estas medidas preventivas y represivas serán adoptadas por los padres y maestros del niño, quien las aceptará de buen grado, cooperando con su voluntad á la acción de aquéllos.

Las imágenes traen consigo cierta fuerza impulsiva que tiende á realizarlas. Por esto, en el estado actual del hombre la imaginación constituye un peligro, que se evita alejando de ella toda representación capaz de manchar ó perturbar el alma ó la inocencia, y acostumbrando al niño á rechazar las imágenes incitantes al mal y á impedir su reaparición, ocupándose en pensamientos sanos. Á su vez, la memoria recibe una buena educación moral, cuando se la aparta pronto de los recuerdos peligrosos y se la habitúa á detenerse en los inocentes y amables.

¹ Véase *Pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes*, y *Baris*, *Directoire scolaire*.

Sobre todo hay que dar una educación moral esmerada al corazón, que es el principio de los afectos y de las tendencias del apetito sensible hacia las personas y las cosas. Esta educación es de vital importancia; porque nada disgusta tanto como una persona sin corazón, ó de corazón frío, débil ó mal dirigido. Hay que formar bien el corazón del niño, susceptible de recibir buenas impresiones y una orientación segura: *el corazón tiene razones que la razón no comprende*, ha dicho Vauvenargues.

En esta difícil empresa se observarán dos reglas principales. 1.^a *Dirigir el corazón*, ó sea desenvolver su noble tendencia de salir de sí, para darse á otro y procurar su bien, y combatir el egoísmo que busca sólo el propio interés y hace al hombre insensible é indiferente hacia sus semejantes. 2.^a *Gobernar al corazón*, para evitar su extravío, lo que se obtiene subordinando la voluntad sensible ó inferior (que busca objetos agradables, ó sea las seducciones del placer) á la voluntad libre ó superior (que tiende al bien honesto y á la consecución de nuestro superior destino). Armonicéense estas dos fuerzas, de modo que se auxilien mutuamente, y cúidese de ofrecer al apetito sensible objetos dignos de sus aspiraciones y afectos, para retenerlo dentro de justos límites, y suminístrese á la voluntad materia adecuada en que pueda ejercitarse conforme á sus verdaderas necesidades. Además, debe haber jerarquía en los afectos; por lo que los objetos buenos no deben ser igualmente amados. Ante todo hemos de amar á Dios, después á la familia, á nuestros semejantes, á la patria y á los seres inferiores.

En el cultivo de las facultades morales del niño se incluye el carácter, que es el conjunto de cualidades ó defectos, de inclinaciones buenas ó malas, de aptitudes y hábitos, que revelan el aspecto dominante y distintivo de la naturaleza de cada uno; como hemos tratado extensamente en el cap. 13 de la Primera Parte.

Aparte del esfuerzo moral del individuo influyen más ó menos, y, en todo caso, secundariamente, en la formación del carácter la *herencia*, ó el *atavismo*, por lo que los descendientes participan á veces de las disposiciones físicas, in-

telectuales y morales de sus antepasados; el *temperamento fisiológico* (bilioso, sanguíneo, nervioso ó linfoático) del individuo, quien encuentra á menudo en él un auxiliar ó un obstáculo en el ejercicio de su actividad; el *medio social* en que se vive, ya que el hombre siente de ordinario el predominio de los buenos ó malos ejemplos que recibe; y por último, los *hábitos*, que constituyen como una segunda naturaleza, y le inducen á obrar de conformidad con ellos.

Estas influencias, lo repetimos, son secundarias ante el esfuerzo poderoso de la voluntad, con cuyo poder puede el hombre vencer sus inclinaciones naturales, sus pasiones, por violentas que sean, y aun los hábitos, por arraigados que estén. La experiencia nos enseña que nada resiste á una voluntad enérgica y resuelta, como ha acontecido con los grandes hombres, y sobre todo con los santos, que se han elevado mucho sobre el nivel común, sin desconocer por esto el poder de la gracia divina que vigorizó á los últimos. Acaso sobre algún atavismo ó temperamento se ejercitaría también la labor de los santos que, al sentir malos estímulos, extremaban sobre su cuerpo el rigor de la penitencia: con algún temperamento nervioso tiene igualmente que haberlas el valor militar, como se cuenta del general Páez, que, antes de un combate, caía en ataques epilépticos, pasados los cuales, y sobre la extenuación de las fuerzas físicas, hacía renacer en su alma un valor indomable que le llevaba al triunfo en los campos de batalla.

Hay caracteres buenos, como el franco, el pacífico, el modesto, el firme, el noble; y hay otros defectuosos, como el indolente, el disimulado, el ligero, el violento, cada uno de los cuales exige una dirección especial. Para que ésta sea acertada, debe el educador manifestar en teoría al alumno las ventajas é inconvenientes de un buen ó mal carácter, á fin de que tenga ideas justas en la materia; y en la práctica, cuidará de estudiar las inclinaciones de cada niño, á fin de fomentar en él lo bueno y corregir lo malo; lo animará á tener confianza en sí mismo y á dársele á conocer, para que pueda dirigirlo; y tomando en cuenta las tendencias y necesidades de cada uno, empleará los medios más adecuados para formar el carácter ó para enderezarlo según convenga.

Así el carácter violento y ligero es dominado por la dulzura; y al contrario, el muelle ó indolente sale de la inacción por el estímulo y el impulso de otro.

Hay pocos hombres de carácter, por las funestas tendencias de la naturaleza depravada, causa de numerosos defectos, que la educación debe impugnar, para que no degeneren en otras tantas enfermedades morales. En los niños son frecuentes la ligereza, nacida de la poca edad y de la falta de reflexión; la mentira ó disimulo, y el respeto humano, que los conduce á flojedades rayanas con la apostasia; la envidia, que los arrastra á actos viles y desleales; la propension á la burla y al insulto, que los hace intolerables á los demás; la molición de voluntad y la pereza, que enervan el espíritu; la vanidad y el egoísmo, que los hacen buscarse sólo á sí mismos y prescindir del prójimo; y por último, la sensualidad, que los envilece, matándoles toda aspiración elevada. Estos defectos, incompatibles con la preciosa dote del carácter, han de ser combatidos con prudencia y energía, y substituídos con las virtudes á ellos opuestas, tales como la firmeza en el bien obrar, la rectitud y lealtad, la caridad y benevolencia, la dulzura y humildad, la modestia y la pureza, la templanza y el vencimiento, etc.

La conciencia y la voluntad deben también influir sobre las relaciones sociales ó sobre el *sentido social*, que es la inclinación instintiva que nos arrastra hacia nuestros semejantes. Ellas deben dictar leyes á este sentido, para que no se extralimite. Vamos á hablar de las referentes á lo que en nuestros días se llama urbanidad ó cortesanía.

La urbanidad se propone alejar de las relaciones sociales la dureza, la altanería, la esquivéz y el disimulo, para substituirlos con la dulzura, la complacencia, la delicadeza y finas maneras. Todos gustan de tratar con una persona culta y benévola, y se alejan de otra de maneras toscas é incorrectas. La cultura se adquiere con el conocimiento de las reglas establecidas en este punto por la costumbre y fundadas en el espíritu cristiano, y con la observancia de las mismas en nuestras relaciones públicas y privadas. Los usos y procedimientos admitidos en materia de cultura, ó, mejor dicho, las

formas de civilidad, pertenecen al orden positivo y convencional, por lo que es preciso estudiarlas y saberlas. Pero el espíritu cristiano, que penetra en lo más profundo de nuestro ser moral, es, ante todo, medio eficaz de dirigir nuestros instintos sociales; y por esto se nota que las personas virtuosas son muy corteses, cumpliendo el dicho de San Pablo de que *la virtud es útil para todo*¹.

Como resultado de lo dicho acerca de la educación moral, es preciso recordar una vez por todas la necesidad de que los padres y maestros dirijan la actividad moral del niño, dirección que ha de proponerse un doble fin: mantener sus inclinaciones y pasiones (que son otros tantos móviles de acción) en la tendencia hacia el bien, y hacer que la voluntad busque el bien que se le ha mostrado como deseable y posible.

Las inclinaciones son movimientos naturales hacia lo que es conforme á nuestro destino moral, y las pasiones son impulsos del alma hacia una persona ó cosa. Lejos de ser unas y otras nocivas en sí mismas, pueden, bien dirigidas, contribuir á la debida formación del joven. Las inclinaciones vehementes, las pasiones vivas constituyen una fuerza poderosa que, puesta al servicio de Dios, de la Iglesia, de la ciencia, dan origen á acciones nobles y sorprendentes. Pero también las almas apasionadas corren más peligro de extrañarse; por lo que el educador tiene que refrenar las inclinaciones del alumno cuando son fogosas, y excitarlas cuando están adormecidas. Así el amor á la gloria, á la dignidad personal, á la libertad, tan comunes á la juventud, ha de ser encaminado á su objeto propio y legítimo, para que no arrastre al joven al orgullo, al egoísmo, al libertinaje².

7. Formación religiosa. — La educación religiosa se propone enseñar al niño á conocer, amar y practicar la religión revelada por Jesucristo. Bossuet ha dicho que *la piedad es todo el hombre*; porque ella le auxilia á conseguir el fin para que fué creado; pero sólo por la educación religiosa se pueden guiar el corazón, la voluntad, el alma hacia dicho

¹ Véase *Barés* l. c.

² Cf. *Pédagogie pratique des Frères des Ecoles Chrétiennes*.

fin. Además, esta educación da, mediante la práctica sincera de la religión, eficacia á la educación moral, que dirige á la física é interviene poderosamente en la intelectual; hace del hombre un cristiano de tales convicciones, que le lleva á armonizar su conducta con sus creencias.

La educación de que aquí tratamos comprende dos partes: la enseñanza religiosa y la formación cristiana del niño.

La primera abraza el conjunto de verdades dogmáticas y morales contenidas en el catecismo, que todo cristiano ha de saber. Pero como en nuestros tiempos las ciencias naturales han progresado mucho, y los impíos acuden á ellas para impugnar la religión, conviene que la instrucción religiosa sea sólida, y tan completa, que satisfaga las exigencias de la época. La ignorancia es causa, en gran parte, de las prevenciones y argumentos que se oponen á la doctrina católica, así como del debilitamiento de la fe y del espíritu cristiano: es preciso, por tanto, que los maestros tengan conocimiento profundo de la religión y de la vida cristiana, para que con empeño instruyan en ellas á los alumnos, y resuelvan las objeciones que se presentan en esta materia.

No se olvide que, como dice Barés, mientras más se estudia la religión, se la conoce y aprecia mejor; mientras más se la aprecia, más se la ama; y mientras más se la ama, más fácilmente se la practica. Con celo prudente debe el educador animar toda su enseñanza del espíritu cristiano, aprovechando las circunstancias favorables para inculcar á los niños las máximas evangélicas, la paz que trae la buena conciencia, la hermosura de la virtud y la fealdad del vicio.

La formación cristiana comprende el objeto y los medios adecuados para conseguirla. El primero versa sobre las creencias, el espíritu cristiano, las virtudes y la piedad cristianas.

El niño recibe en el bautismo la fe infusa, y después, por la instrucción religiosa, conoce el objeto de la fe, ó sea el conjunto de verdades que debe creer. Pero, á más de esto, conviene fortalecerlo en sus creencias y protegerlo contra lo que puede alterarlas ó debilitarlas; para lo que tienen tanta fecundidad las convicciones cristianas que regulan los pensamientos y actos del hombre creyente. Mientras más arraigan

aquéllas en el alma; mientras mejor se le asimilen y las tenga presentes, obrará con más rectitud, dirigida por una luz superior que le guiará en medio de las tinieblas del error, y por una fuerza sobrenatural que le sostendrá en medio de las luchas de la vida. Sin convicciones profundas, es muy superficial y efímera la práctica de las virtudes. El espíritu cristiano, resultado de las máximas y principios enseñados por Nuestro Señor, es el alma de la vida espiritual y el eje sobre el cual ésta gira. Sin él, ó no existe dicha vida, ó es débil é inconsistente. *Si algún, dice San Pablo, no tiene el espíritu de Cristo, este tal no es de él*¹. El espíritu cristiano hace al hombre humilde, obediente, desprendido de las riquezas, amante de Dios y del prójimo; el del mundo lo convierte en soberbio, egoísta, muelle, ávido de goces y de bienes terrenos. Hay, pues, que infundir en el hombre el espíritu cristiano, desde su primera edad, para formarlo según los designios de Dios.

La virtud es la aplicación del espíritu cristiano á los actos de la vida, mediante una voluntad firme y recta. Si la santidad es una ciencia, hay que aprenderla; si es un camino que conduce al cielo, hay que andararlo desde la niñez. Para estimular al niño á que recorra esta senda, cuidese de inspirarle el temor de Dios, de sus juicios y castigos; pero, sobre todo, el amor fundado en sus perfecciones infinitas, en la esperanza de verlo y de gozarlo en la eternidad.

La piedad tiene por fundamento la virtud y constituye la perfección de ésta; porque ella no se limita á observar los preceptos divinos, sino también los consejos evangélicos y las inspiraciones celestiales. El alma piadosa tiene agilidad para lo más perfecto, fervor constante é intenso amor á Dios para vencer las dificultades, por graves que sean, á diferencia de la virtud común que puede existir sin esa decisión y energía de la voluntad hacia lo mejor. «La devoción es la dulzura de las dulzuras y la reina de las virtudes, porque es la perfección de la caridad», según San Francisco de Sales².

¹ «Si quis spiritum Christi non habet, hic non est eius» (Rom. VIII, 9).

² Introducción á la vida devota.

«Si la caridad es la leche, la devoción es la crema; si aquella es planta, ésta es flor; si la una es piedra preciosa, la otra es su resplandor; si la primera es bálsamo precioso, la segunda es olor de suavidad que conforta á los hombres y alegra á los ángeles.» Esto mismo podemos decir de las relaciones existentes entre la virtud y la piedad, y de la jerarquía que guardan entre sí. El educador cristiano ha de inculcar á sus alumnos el mérito de la piedad que, lejos de ser una carga, es, al contrario, un elemento de orden para la vida, de paz para el corazón, de alegría para el alma, y de real consuelo en medio de las amarguras presentes.

Hay varios medios de formación cristiana. Los principales son: 1º *La modestia exterior ó cristiana*, virtud que modera, templea y regla las acciones exteriores, por cuyo motivo conserva á quien la posee de los peligros de fuera, y conserva intacto el tesoro de la pureza en el alma, sirviendo, además, de motivo de edificación á los otros, por los buenos ejemplos que reciben. 2º *Las lecturas y relaciones*. Pocas cosas influyen tanto en la buena ó mala formación del joven como los libros que lee y las compañías que frecuenta; por lo que se le debe inculcar mucha cautela en este punto y el aconsejarse de personas prudentes. 3º *Los ejercicios de piedad*, que son la savia con que ésta se alimenta, entre los cuales sobresalen la oración, medio eficaz de conseguir la gracia, sin la que es imposible salvarse; la Misa, que ha de ser oída con respeto y devoción; el rosario, que conviene recitar cada día; la lectura espiritual cotidiana, para fomentar la piedad en el alma; la frecuencia de la confesión, que purifica el alma de sus faltas; la Eucaristía, que la alimenta, la sostiene en sus luchas, acrecienta sus fuerzas, y la dilata en la alegría. Una casa de educación en que los alumnos no comulgan, ó lo hacen rara vez, no puede dar buenos resultados en el orden moral. 4º *Las devociones* aprobadas por la Iglesia, sobre todo á Nuestro Señor, á la Santísima Virgen, á San José, al santo patrono y al ángel de la guarda contribuyen también mucho á cimentar á los niños en la virtud. 5º *Las asociaciones piadosas; las conferencias y retiros espirituales* son asimismo excelentes medios de perseve-

rar en la virtud, mediante las juntas periódicas, la práctica de la oración y de la caridad hacia el prójimo, la celebración solemne de algunas fiestas, y el espíritu de apostolado. 6º Por último, *las obras católicas*, como la de la Propagación de la Fe, de las Conferencias de San Vicente de Paul, los Circulos de obreros y de la juventud católica, los Patronatos, etc., á la vez que avivan el fervor, sirven para el socorro de los pobres y de los enfermos, la conversión de los infieles y disidentes, y el alejamiento del error y el vicio de muchos extraviados.

8. Importancia y progresos de la pedagogía en nuestros tiempos.—A medida que los conocimientos humanos se han desarrollado y difundido la instrucción en las clases sociales, se han excogitado nuevos métodos de enseñanza de reconocida utilidad. La pedagogía, desdenada en los siglos anteriores, ha sido en los últimos, especialmente en el pasado, la constante preocupación de los directores de la juventud, y uno de los elementos de prosperidad pública. «El poder de los pueblos», ha dicho Lord Brougham, «va pasando de la boca de los cañones á la boca de los maestros.» Frase profunda y exacta, como lo nota el estadista Malo; pues la fuerza de los gobiernos se mide hoy por la civilización de sus pueblos, y no hay civilización posible sin que se construya antes el espacioso y sólido basamento de la instrucción primaria y elemental.

La primera educación, desde la lactancia hasta las escuelas infantiles, ha sido objeto de estudios serios y prolijos, cuyo resultado es la conservación de innumerables niños, que de otro modo habrían sucumbido, y el haber elevado el nivel de la instrucción entre las masas populares.

La educación secundaria ha recibido también nuevos rumbos. Como ya lo dijimos, hasta el siglo XVII los estudios clásicos constituían la base de dicha educación; pero en la centuria siguiente, los célebres pedagogos alemanes Basedow, Semler y Salzmann fundaron escuelas en que se enseñaban las *realidades*, esto es, las lenguas vivas, la geografía, las ciencias naturales y más conocimientos inmediatamente prácticos, trabándose una lucha tenaz entre el pasado y el pre-

sente, entre la educación antigua y la moderna, lucha que aún subsiste.

Entre los pedagogos modernos ocupan lugar preferente Pestalozzi y Fröbel. Natural el primero de Zurich (Suiza) é imbuido en las ideas de Rousseau acerca de educación, se propuso ponerlas en práctica. Al efecto fundó escuelas en Neuhoof, Stans, Burgdorf é Yverdón, con éxito más ó menos satisfactorio. Á Pestalozzi se le atribuye la enseñanza *objetiva*, y sus principios en esta materia son los siguientes: 1.º Las facultades intelectuales se desarrollan en orden, y la verdadera instrucción es la que se adopta mejor á cada período del desenvolvimiento mental. 2.º Entre los medios que se han de emplear para el adelanto intelectual y moral del pueblo, uno de los principales es la buena educación doméstica. Siendo ilimitado el influjo de la madre sobre el hijo, á quien fácilmente puede imbuir buenos hábitos en la primera edad, debe aquélla ser educada convenientemente para el desempeño de sus obligaciones. 3.º El maestro debe hacer un estudio profundo del niño en general, y de cada uno en especial, para dirigirlos convenientemente. Todo trabajo escolar ha de basarse en la experiencia hecha sobre el niño; por lo que los ejercicios de la escuela se concretarán, en lo posible, á lo que interesa al niño. 4.º En especial la enseñanza primaria se propondrá ensanchar los conocimientos experimentales del niño, dando claridad y precisión á sus ideas, y mostrándole las relaciones existentes entre lo conocido y lo nuevo. El estudio sistemático de los objetos precederá al de los libros, de modo que las facultades observadoras se eduquen en el ejercicio de los objetos reales, y los libros complementen el conocimiento adquirido por la experiencia personal¹.

Aun cuando los principios y el sistema de Pestalozzi abrieron un nuevo rumbo á la enseñanza, sus esfuerzos no produjeron siempre el resultado apetecido, tanto por haber exagerado la importancia de la experiencia personal y de la enseñanza objetiva, como porque toda innovación se abre paso

¹ Extractamos estos datos de la obra de *Johannet*, Principios y práctica de la enseñanza.

con lentitud y dificultad. Además, antes del pedagogo de Zurich, la niñez y la juventud habían tenido maestros como San Ignacio de Loyola y San Juan Bautista de la Salle, que han dejado á sus respectivos institutos reglas admirables para la formación del joven, en ciencia y en virtud. No es extraño, pues, que de la obra de Pestalozzi quede casi sólo el recuerdo, mientras subsiste vigorosa la de los insignes fundadores de la Compañía de Jesús y de las Escuelas Cristianas.

Más afortunado que Pestalozzi, su discípulo Fröbel combinó el trabajo manual con el estudio, en la enseñanza de los niños, desco tan acariciado por su maestro. Juzgando Fröbel que la educación doméstica y la escolar ahogaban de ordinario la actividad natural del niño, se propuso ponerle en condiciones tales, que su propia libertad y actos espontáneos contribuyesen á su completo desarrollo. La tarea del maestro se reduce á dirigirlo, cuidando de que se manifieste libremente y en buen sentido dicha actividad natural.

Los principios que sirven de guía al sistema de Fröbel son éstos: 1.º Cada niño nace con ciertas tendencias y rasgos heredados, que imprimen carácter, pero que la educación puede cambiar. 2.º La educación debe empezar luego que el niño tenga conciencia de sus actos. Las primeras impresiones son las duraderas, y por esto es muy difícil vencer los malos hábitos contraídos en la primera edad. 3.º La educación del niño debe basarse en su propia actividad; por lo que conviene observar sus ímpetus de acción, para que, conocidas las necesidades que representan, se las dirija de modo que á la vez exciten el interés presente, satisfagan el desco del momento y contribuyan también al desenvolvimiento intelectual y moral del niño, y á su bienestar venidero y permanente. 4.º En el juego expresa el niño, mejor que en otra cosa, su actividad y sus deseos, por cuyo motivo sirve aquél de guía al maestro, para saber cuáles de éstos merecen mayor atención. El juego es también una poderosa fuerza en la obra de la educación, siempre que sea arreglado sistemáticamente, de modo que el niño encuentre en él la variedad de la naturaleza, y que cada juego le suministre nuevas ideas y desarrolle más su actividad. 5.º Los ejercicios escolares deben

ser agradables; porque lo que disgusta al niño y se le impone como tarea, influye poco en su verdadero desarrollo. Esto no quiere decir que todos los deseos del niño deban complacerse, lo que es inaceptable, sino que el maestro ha de investigarlos profunda y extensamente, para ver cuáles corresponden á necesidades verdaderas, y cuáles á falsas, para favorecer los primeros y reprimir los segundos. 6º En la educación se ha de combinar, en lo posible, la actividad mental con la física. Como el pensamiento se vale del cerebro para sus funciones, así la voluntad se sirve de la mano para sus actos, por lo que ésta y la vista deben recibir una educación conveniente á su objeto. 7º El desarrollo de las facultades ha de ser simétrico y armónico, para lo que cada una de ellas recibirá una atención proporcionada á su importancia, á fin de obtener su desarrollo normal¹.

La obra principal y más afamada de Fröbel es el *Kinder-garten*, ó *jardín de niños*, instituido para la educación primaria elemental. El método que en él se emplea es el de desarrollar las tiernas facultades del niño con el esmero con que se cuidan las flores de un jardín; fomentar y dirigir su natural actividad; hacerle conocer las cosas, en cierto modo, por el contacto de ellas y acostumbrarlo á trabajar y á producir desde la más tierna edad. La amenidad y cambio de ocupaciones en el *Kinder-garten*, la combinación del trabajo mental con el manual y los ejercicios gimnásticos, impiden el cansancio del cerebro, alegran al niño, vigorizan y desarrollan su alma y cuerpo, fomentando especialmente los simultáneos espíritus de observación y de atención. «En la escuela infantil», dice un escritor, «la observación es cultivada con esmero por medio de variadas muestras de objetos interesantes y de experimentos sencillos de fenómenos naturales. La destreza manual se desarrolla con arte delicado, el uso acertado de la vista se impulsa insensiblemente por medio de ingeniosos dibujos, y el lenguaje se va formando con el hábito de repetir las frases correctas del maestro.» «Los animados semblantes de los niños», añade Wix, «la atinada

¹ Cf. *Johannet* l. c.

mezcla de trabajo y de juego, las interesantes y bien ilustradas lecciones, todo demuestra vida y acción.» Por estos felices resultados, muchos pedagogos juzgan que se debe aplicar el sistema del *Kinder-garten* aun á los estudios superiores.

También es contado entre los principales pedagogos modernos, Luis Agassiz, nacido en Suiza, á orillas del lago de Neuchâtel. Su amor á la naturaleza le indujo á examinarla y á estudiarla atentamente, y los resultados obtenidos le persuadieron de la utilidad de este método en la instrucción de la niñez. En la escuela que fundó, daba á cada alumno una muestra de zoología, con cuyo estudio ejercitaba sus facultades de observación, haciéndole comparar las verdades deducidas de varias investigaciones, hasta llegar á establecer leyes generales. Como Pestalozzi y Fröbel, encarecía el pronto cultivo de las dotes observadoras del niño y la necesidad de educar la mano y la vista; consideraba muy importante el conocimiento real y científico, no sólo para las relaciones sociales sino para obtener premios y ventajas en el mundo. Dicho conocimiento, á juicio de Agassiz, recompensa el trabajo con los mejores resultados; ahora el tiempo para consagrarse á otras ocupaciones; dirige el esfuerzo al logro de fines dignos y realizables; y señala el camino del progreso. El sistema que puso en práctica comprende las lecciones objetivas, pero relacionadas entre sí; de modo que cada serie llevase directamente á alguna ciencia. Los métodos científicos, según Agassiz, son los más adaptables á la cultura de la mente, porque no conducen á resultados especulativos, sino á prácticos y exactos. Los principios mencionados se aceptan hoy en muchas escuelas científicas y forman la base de la enseñanza¹.

La instrucción de la mujer se ha acrecentado igualmente en nuestros tiempos, pudiendo ésta en algunos países seguir carreras profesionales que le estaban antes cerradas. En 1855 se abrieron en Rusia liceos para niñas; en 1869, Inglaterra autorizaba á las mujeres á rendir en la Universidad de Londres

¹ Cf. *Johannet* l. c.

exámenes para grados, y en 1874 se fundó para ellas en la misma ciudad una escuela de medicina. Muy luego se asociaron á este movimiento Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Suiza y sobre todo los Estados Unidos; pero «la extensión desmesurada de los programas y el cultivo exagerado de los ramos de adorno, ha falseado la educación intelectual de la mujer, roto el equilibrio de sus facultades y producido una multitud de mujeres frívolas é incapaces de comprender y de cumplir sus deberes de madres y de esposas»¹.

La *escuela de Roches*, fundada por Edmundo Demolins, es otra de las invenciones de la pedagogía en estos días. Con el título de la «Educación nueva», publicó aquél un libro en que trata de probar que la superioridad de los pueblos anglosajones sobre los latinos depende de su sistema de educación. En consecuencia intenta vulgarizar el método y la práctica ingleses en la educación.

El modelo que Demolins se propone imitar es la escuela Abbotsholme y su filial de Bedale, creadas en Inglaterra por el Dr. Reddie, para adaptar la enseñanza á la vida real, dejando á un lado las humanidades, en especial las lenguas muertas, y subrogándolas con las modernas y las ciencias naturales.

Según el plan de Demolins, el ciclo completo de los estudios se divide en dos períodos de tres años cada uno. En el primero, común para todos los alumnos, estudian éstos alemán é inglés, y adquieren conocimientos prácticos de física y química, á más del aprendizaje de historia y de geografía. Terminados los tres primeros años, los alumnos, conocidas sus aptitudes, se dedican á las letras, á las ciencias, á la agricultura, á la industria y comercio, que han de cursarse en otros tres años, después de los cuales se hallarán listos para el examen de los diversos bachilleratos, ó para el ingreso en las grandes escuelas especiales.

Conforme al sistema de que hablamos, el profesor no sólo reside en la escuela, sino vive de la mañana á la noche con los alumnos, no para vigilarlos, sino para *educarlos*; asiste

¹ Pichard, L'éducation.

á las clases, á los recreos, á los juegos, etc. Desarrollar la independencia de los niños, tratarlos como á hombres, es la consigna de la escuela nueva. Las clases se hacen sólo por la mañana; después del medio día los alumnos se dedican á trabajos manuales, á juegos, á visitar quintas y fábricas, á trabajar en el jardín, construir un palomar, etc. Por la tarde se ocupan en lecturas y conferencias, en la música y la danza. El año escolar está dividido en tres partes, interrumpidas por otras tantas vacaciones. En suma, la idea dominante es dar mayor cabida á la educación física y hacer de la vida del colegio una preparación inmediata para la vida real.

Pero, por digno de estudio y de ensayo que sea este nuevo sistema de educación, presenta en la práctica serias dificultades. En primer lugar, prescinde del cultivo de las lenguas antiguas, que por su estructura especial y por el trabajo de análisis, de comparación y de raciocinio que su estudio exige, constituyen un poderoso elemento de educación intelectual, como antes vimos. En segundo lugar, el tipo de maestro, que nos presenta Demolins, es casi ideal; porque ¿dónde encontrar un hombre que no se separe de los alumnos en todo el día, que les enseñe en clase y tome parte en todos sus ejercicios? En tercer lugar, la disciplina escolar tiene que ser mediocre, ya que no se funda en la sumisión y obediencia del alumno, y menos en la represión, sino en ideas de libertad é independencia; y si únicamente los alumnos de más edad vigilan á los menores (según lo indica Demolins), se hace más difícil el régimen escolar, que exige la intervención directa del maestro ó director, quien puede servirse, en ciertos casos, como de meros auxiliares, de los alumnos más distinguidos. Por último, el sistema *tutorial* ó *familiar*, que desea introducir Demolins para subrogar el de los internados numerosos (que presentan serias dificultades), sólo es aplicable á un corto número de alumnos, á lo sumo sesenta, en cuyo caso la pensión que éstos eroguen sería muy crecida, lo que estaría sólo al alcance de los ricos¹.

¹ Cf. J. Burnichon, L'éducation nouvelle. CRESTO-TORAL, Educación. Ed. 2.

No todas las innovaciones y esfuerzos de la pedagogía moderna son dignos de aplauso; porque algunos de ellos tienden, menoscabando los derechos de la familia y de la Iglesia en la educación, á traspasarlos al Estado, hasta convertirlo en árbitro único de la instrucción. Además, el recargo de materias en los programas de enseñanza secundaria, impide hoy la adquisición de conocimientos sólidos en ningún ramo del saber humano.

Se da igualmente en nuestros días una importancia excesiva á los modos y métodos de enseñanza, hasta el punto de limitar casi al empleo exclusivo de ellos la misión del maestro, siendo así que los métodos han de ser auxiliares en la obra de la educación, y que, por perfectos que se los suponga, puede formarse mal la juventud, cuando se la aleja del conocimiento y práctica de las verdades morales y de los preceptos divinos. En una palabra, los métodos no tienen bondad absoluta, ni miran directamente al fondo de la educación, sino más bien al procedimiento para instruir al niño. Sin desconocer, pues, su utilidad, conviene echar mano de los medios que se ordenan preferentemente á la formación científica y moral del hombre.

9. San Ignacio de Loyola y San Juan Bautista de la Salle, fundadores de institutos docentes.— Desde su origen ha promovido con empeño la Iglesia católica la instrucción de todas las clases sociales, habiendo no pocos de sus santos hecho de la enseñanza uno de los principales fines de su apostolado. Entre ellos citaremos á San Ignacio, á San José de Calasanz, y á San Juan Bautista de la Salle, cuyos institutos religiosos se dedican con éxito admirable á formar á la juventud estudiosa.

Fundada la Compañía de Jesús en los comienzos de la herejía protestante, y llamada á neutralizar su pernicioso influjo y á pulverizar sus errores, se ha dedicado á las múltiples tareas del ministerio, prestando á la Iglesia y á la sociedad civil servicios inapreciables. El santo Fundador quiso que sus hijos, como valerosos y diestros soldados de Cristo, manejasen con maestría la doble arma de la ciencia y de la virtud, á fin de difundir, con la palabra y el ejemplo, la semilla fecunda de la verdad y del bien.

No sólo las ciencias sagradas, sino también las profanas han sido cultivadas con provecho por los miembros de la Compañía de Jesús; por lo que dice Balmes que es imposible acercarse á los estantes de una biblioteca sin que se ofrezcan á los ojos los escritos de algún jesuita.

Durante su vida estableció San Ignacio varios colegios, en especial el romano y el germánico en Roma, y en la cuarta parte de las Constituciones dictó disposiciones utilísimas para la formación de los profesores y de los alumnos. Pero lo que enaltece á la Compañía de Jesús y la coloca en puesto de honor entre los institutos docentes, es el *Ratio studiorum*, ó sistema de estudios, compuesto para sus colegios, del que decía el célebre Bacon, Canciller de Inglaterra: En cuanto á pedagogía, hay que consultar las escuelas de los jesuitas, en las que está en uso todo lo bueno¹.

Gobernaba á la Compañía de Jesús, á fines del siglo XVI, el célebre Padre Claudio Aquaviva, quien, deseoso de formar un código de instrucción para los colegios de la Orden, eligió seis Padres de los más versados en la materia, quienes, bendecidos y alentados por Gregorio XIII, emprendieron con madurez y calma la composición de una obra, que fué prolijamente revisada por doce doctores del Colegio Romano, y enviada después para ensayarla en todos los colegios de la Compañía, con mandato de hacer las observaciones que se juzgaren oportunas. Recibidas éstas y examinadas por personas competentes, recibió el *Ratio* su sanción definitiva, viniendo á ser un monumento de la sabiduría y experiencia de aquellos varones ilustres, que sirve de norma para la dirección y enseñanza de los colegios de la Compañía.

Todo en el *Ratio* está prescrito y calculado, con el doble fin de formar maestros competentes y discípulos aprovechados. Á los primeros les señala sabias reglas para poseer cada materia de enseñanza, y á los segundos la manera de sacar provecho de las lecciones que reciben. Los profesores han de procurar que la ciencia penetre en la mente del

¹ «Ad pedagogicam quod attinet, brevissimum foret dictu: consule scholas Jesuitarum: nihil enim quod in usum venit, his melius.»

alumno y se grave en su memoria: para lograr lo primero deben explicar con claridad el texto y exponer brevemente los principales argumentos en que se apoya su doctrina; para obtener lo segundo harán que los alumnos repitan las explicaciones, acudiendo después á ejercicios prácticos de composición en las clases inferiores, y á los de argumentación y discurso en las superiores.

El método adoptado por el *Ratio* es el clásico ó antiguo. El alumno aprende, junto con la lengua materna, la latina y también gramática y retórica, para que vigorizada la memoria del niño y ejercitado su entendimiento, penetre en el santuario de la ciencia, mediante el estudio de las artes liberales, que comprenden la lógica, la física, la metafísica y las matemáticas.

No es el *Ratio* un código estacionario que rechace las innovaciones exigidas por los tiempos y por el adelanto de las ciencias. En 1820 se acordó nombrar una comisión revisora del *Ratio*, y al enviar en 1832 el Padre General Roothaan el *nuevo Código* á las casas de la Orden, dijo entre otras cosas: «Nuestro Instituto no nos obliga á confinarnos en lo pasado hasta el punto de rehusar todo progreso para el porvenir, inmovilizando nuestro método á despecho de los tiempos y de las modificaciones que se pueden producir en las necesidades de los Estados, en las costumbres de las sociedades y de las familias, y hasta en la salud de los jóvenes. Así hemos adoptado el sistema de los internados...; hemos dado á las ciencias y á las lenguas vivas la importancia que los descubrimientos modernos y la facilidad de las comunicaciones hacen preciso en nuestros días...; en una palabra, hemos introducido en nuestros métodos y programas los cambios que la marcha de las ideas nos indicaba como útiles.»

«La Compañía de Jesús», decía asimismo el Padre Beckx al Conde de Thun, Ministro de Instrucción Pública en Austria, «es un colegio de profesores constituidos por la autoridad de la Iglesia, y como tal, tiene su *Ratio studiorum*, que forma con las demás constituciones de nuestro Orden un cuerpo donde todo se contiene y corrobora. Así que no nos está permitido separarnos de él en lo substancial; pero no creemos

deber ligarnos al *Ratio* tan servilmente, que no podamos admitir modificación en lo concerniente á métodos de enseñanza, y á todo cuanto exijan el verdadero progreso de las letras y las circunstancias de los tiempos. Han surgido otras ciencias que ocupan puesto casi preponderante entre los conocimientos humanos: tales son las ciencias matemáticas y físicas; conviene, pues, darles entrada con la mayor amplitud posible en el programa de los estudios... En la enseñanza superior, muchas de las tesis que antes bastaba exponer, deben ser hoy sólidamente demostradas, dejando á un lado multitud de cuestiones curiosas, pero menos prácticas, que en otros tiempos gustaban mucho en las escuelas.»

En prueba de ello, en 1839 los Padres del colegio de Brugelette, en Bélgica, formularon un nuevo plan de estudios, en el que dividieron la enseñanza en tres cursos principales, á saber: el preparatorio, el de letras, y el de ciencias; colegio que vino á ser uno de los mejores de Europa.

Cierto que el *Ratio* prohíbe, con justicia, la multiplicidad de materias en los cursos escolares, da preferencia á los estudios literarios y filosóficos sobre los experimentales, y sólo permite tratar brevemente de las ciencias prácticas en las clases inferiores. «La multitud de asignaturas, que los jóvenes apenas pueden desflorar en nuestros días, aumenta la turba de semidoctos, que nada aprenden con solidez y son la plaga de la república y de las ciencias», decía el Padre Roothaan. «Una gran variedad de conocimientos superficiales aparece á los jóvenes como el fin de sus afanes y el *summum* de toda ciencia», añade el Padre Beckx. «Por esto no se cuidan de ejercitar la reflexión y las fuerzas de la inteligencia; y de aquí resulta que, lejos de encontrarse en disposición de dedicarse al estudio serio de la filosofía, del derecho y de la teología, llegan á incapacitarse para estas y otras ciencias austeras.»

Por lo demás, aun los impíos más tenaces han reconocido la habilidad y competencia de los jesuitas para educar á la juventud. El protestante Ranke ha dicho: «Se observó que la juventud aprendía más con los jesuitas en diez meses que con otros profesores en diez años; hasta algunos protestantes

sacaron á sus hijos de los gimnasios para confiárselos á los jesuitas.» Escribiendo Federico II de Prusia á un amigo suyo, le decía: «Echaréis de menos en Francia á los jesuitas, y la educación de la juventud experimentará sus consecuencias. Han existido entre los jesuitas escritores de raro mérito, literatos, eruditos, hombres elocuentes y de genio»¹; y D'Alembert confiesa que «los jesuitas se han ejercitado con buen éxito en todos los géneros: elocuencia, historia, antigüedades, geometría, literatura, sin que exista ciencia alguna que no cuente con sujetos distinguidos».

Innumerables colegios han sido fundados y dirigen actualmente los jesuitas en las ciudades más cultas de Europa y de América, sobresaliendo siempre por la disciplina y el adelanto de sus alumnos. Conocido es su empeño y destreza en estimular á sus discípulos, por medio de premios y de puestos de excelencia; en favorecer el desarrollo de sus facultades, mediante composiciones, certámenes y academias, y, sobre todo, en arraigar en su alma las virtudes cristianas. La regla primera de los profesores, dice: «Tengan éstos especial cuidado de inclinar á los alumnos al amor y servicio de Dios, y de dirigir á este fin todos sus estudios, aprovechándose de la oportunidad que se les presente, ya durante las lecciones, ya fuera de ellas.»

«Enseñar á dominarse, á vencerse, á obrar contra su gusto por un motivo superior, tal debe ser el fondo de un buen sistema de educación: tal es el nuestro», dice el Padre Du Lac.² «Nuestra política respecto á los jóvenes, nuestro método de educación, se resume en estas palabras: Amar, conocer, servir á Dios. Apoyados en este principio les enseñamos, á la vez, la práctica sincera de la libertad y el respeto á la autoridad.»

Y no sólo en la enseñanza secundaria, sino también en la superior y facultativa han descollado los hijos de San Ignacio.

¹ Refiérese el rey á la época de la extinción de la Compañía de Jesús. Conocido es el empeño que tuvo aquél por conservar á los jesuitas en sus Estados.

² «Jesuitas».

Así lo comprueban las escuelas politecnicas, las universidades, los colegios de altos estudios, cuyos alumnos han obtenido los primeros premios en concurso con los de los establecimientos oficiales. No pocos de los que se dedican á la milicia y á la marina, han sido alumnos de los jesuitas, y recibido de ellos lecciones en varios ramos científicos. En los países en que soplan auras de libertad difunden los jesuitas la luz de la ciencia, no sólo en la cátedra sino también en la prensa, donde han obtenido y obtienen triunfos gloriosos. En muchas ciudades de Europa y de América educan á jóvenes de la primera clase social, poniéndolos á la altura de su misión y satisfaciendo las justas exigencias de la época.

Para tan arduo ministerio cuenta la Compañía con un cuerpo de profesores formados lentamente, los cuales, después de conocer á fondo las materias de enseñanza, se ejercitan en ella, sin descuidar por esto la preparación diaria de la clase. «Ante todo», dice el *Ratio*, «se ha de elegir para maestro al de integras costumbres, de estudio constante é ingenio agudo, de conocimientos profundos; al que no imite al común de los pedagogos perdiendo el tiempo en bagatelas, sino que tenga en la memoria pocos preceptos tomados de los mejores libros; conozca bien á los escritores más elegantes en poesía, historia y oratoria, y esté él mismo bien ejercitado en hablar y en escribir.»

Á más del *Ratio*, tiene la Compañía, para formar á sus profesores otra obra utilísima: la *Manera de aprender y de enseñar*, escrita por el Padre Jouvency, de la que decía Rollin: «Está escrita con tal pureza, tal elegancia, tal solidez de juicio y de reflexión, que nada deja que desear.»

«Los maestros jóvenes», añade Le Fortier, «encontrarán en el libro de Jouvency consejos de gran utilidad sobre la manera de desempeñar sus funciones; pues en esta parte, desde Quintiliano, nadie ha entrado en tantos detalles, si se exceptúa á Rollin. Igualmente el *Manual de los profesores jóvenes*, del Padre Guidé, es libro excelente, en el que, como en el anterior, se dan también reglas á los profesores para fomentar la emulación de los alumnos y hacerlos adelantar

en los estudios, sacando de cada uno todo el provecho que pueden dar de sí en las letras.»¹

Entre las órdenes religiosas, la de los jesuitas es el principal blanco de la impiedad. Vinculada su suerte á la de la Iglesia, *siempre combatida, pero nunca vencida*, sigue haciendo el bien en el vasto campo del apostolado, aplaudida por los buenos, perseguida por los malos, y alentada por las bendiciones de los Sumos Pontífices.

Otro de los santos á quienes debe mucho la enseñanza, es Juan Bautista de la Salle, recientemente elevado por León XIII al honor de los altares. Renunciando á los halagos de la fortuna, del nacimiento y de un brillante porvenir, fundó á fines del siglo XVII, el *Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*, para educar cristianamente á los niños, especialmente pobres; y para que sus religiosos se dedicasen exclusivamente á tan modesta como hermosa obra, les prohibió que fuesen sacerdotes ni cultivasen ciertas ciencias ajenas á su misión peculiar.

San Juan Bautista de la Salle es el verdadero legislador de la enseñanza primaria y el organizador de la instrucción popular; por lo que bien merece el nombre de *padre de la pedagogía moderna*, que muchos le dan, sobre todo por el empleo del método simultáneo en las escuelas. Sus ideas pedagógicas contenidas y expuestas en *La Dirección de las Escuelas Cristianas*, en las *Cartas* y ante todo en *La Escuela parroquial* (cuya primera parte trata de las cualidades del maestro y de la organización escolar; la segunda de la enseñanza religiosa y las prácticas de piedad; y la tercera de las reglas para la práctica de la enseñanza), manifiestan la rara prudencia y consumada habilidad del santo en la ardua labor de dirigir y enseñar á la niñez.

Siendo la primera educación de importancia decisiva para el hombre, es inapreciable el servicio que San Juan Bautista de la Salle hizo á la Iglesia y á la sociedad con su instituto, cuyo fin es instruir y educar cristianamente á los niños. Pro-

¹ Cf. *Novel*, El Ratio Studiorum de la Compañía de Jesús. *Perpignan*, Ratio Studiorum. *Du Lac* l. c.

fundo conocedor del corazón humano, señala los medios que han de emplearse y los peligros que han de evitarse para formar debidamente al niño. «El hombre es perfectible», dice. «Hay una perfección que todos deben adquirir, porque todos tienen el mismo fin: llegar á Dios por la práctica de la virtud. Pero hay otra perfección, á que deben tender los hombres, y que varía según su estado, posición y los dones recibidos del cielo. El niño es débil en inteligencia, en voluntad y en facultades físicas. Los desórdenes á que se entrega después, dependen ordinariamente de haber sido abandonado á su propia dirección, y mal educado en la primera edad. El hombre es naturalmente inclinado al mal; y en especial el niño, que carece de juicio maduro y es incapaz de seria reflexión, desea satisfacer sus nacientes pasiones. Para corregirse de un vicio ó de un defecto, hay que hacer actos frecuentes y repetidos de la virtud opuesta. En la educación de los alumnos, debe el maestro imitar la conducta de la Providencia hacia los hombres: es decir, proceder con firmeza y suavidad. Desde el punto de vista intelectual, es preciso habituar poco á poco al alumno á un trabajo espontáneo, como el que realizarían cuando no fuesen dirigidos por el maestro. Conviene cultivar los sentidos, que tienen de ordinario una parte considerable en las operaciones del espíritu; pero sobre todo desenvolver la inteligencia, rectificar el juicio, disciplinar la voluntad é inclinar el corazón á la piedad. Es necesario formar el carácter del niño, habituándolo al vencimiento y á la práctica de la virtud. Asimismo se le ha de acostumbrar á un alimento frugal y elegir de preferencia para sus juegos los que favorezcan la higiene del cuerpo. La escuela debe ser el noviciado del cristianismo, la preparación á los deberes de la vida cristiana y civil. El fruto principal de la escuela cristiana es prevenir los desórdenes causados por la ignorancia, ó impedir sus funestas consecuencias, y preparar al alumno para el desempeño de sus deberes de cristiano y de ciudadano.»

Estas y otras preciosas máximas diseminadas en los escritos del Santo, y puestas en práctica por sus hijos espirituales, han hecho de las *Escuelas Cristianas* establecimientos

modelos en su género; y por eso se han difundido prodigiosamente en Europa y América, mereciendo grandes elogios de los amigos y enemigos de la Iglesia. «El nombre de Juan Bautista de la Salle debe ser colocado á la cabeza de los organizadores de la enseñanza primaria en Francia y en Europa, . . . así como del primer intento de fundar la enseñanza secundaria especial», dice Buisson. «Al abate La Salle debe Francia el haberse puesto en práctica y vulgarizado la enseñanza técnica», confiesa Duruy. «Los servicios que La Salle ha prestado á la instrucción profana», afirma Tissot, «la superioridad de sus métodos, sus iniciativas sencillas y audaces á la vez han sido celebradas por personas nada adictas al catolicismo.» «Lo declaro con franqueza», añade Thiers, «quisiera ver los métodos de La Salle prevalecer no sólo en las ciudades sino también en las aldeas.» «A no dudarlo, el Señor de la Salle es el primer pedagogo del mundo», decía el príncipe de Gales.

Sin descuidar la enseñanza popular, fundó el Santo también *Escuelas Normales* para formar buenos maestros, pensionados para la enseñanza primaria superior, conforme á programas adecuados á las necesidades de los tiempos; de modo que él es también el iniciador de la enseñanza moderna. Los Hermanos tienen escuelas especiales para el aprendizaje de la agricultura, del comercio, de la industria y de las artes, escuelas que envidian á Francia los países extranjeros, según el dicho de Mons. Dupanloup.

La formación profesional, el desenvolvimiento intelectual y moral de los niños y de los adultos, mediante varias instituciones complementarias de las escuelas, son otras tantas obras á que se dedican los Hermanos, quienes educan actualmente á 350.000 alumnos, y dirigen, además, 47 colegios de pensionistas, 45 escuelas para la formación pedagógica de sus profesores, 7 para maestros seculares, 42 de enseñanza técnica, 82 comerciales y 12 de agricultura, habiendo obtenido por los textos y métodos de enseñanza empleados en sus establecimientos, numerosas medallas y recompensas en las exposiciones universales y en los congresos internacionales

habidos desde hace treinta años en varias ciudades de Europa y de la América del Norte¹.

El campo de acción de los Hermanos es muy vasto, lo que les permite extender los beneficios de la educación y enseñanza cristianas no sólo á los que cursan los estudios liberales, sino también los técnicos y experimentales; no sólo á los niños y jóvenes, sino también á los artesanos y alumnos de los talleres.

Gloria muy pura del catolicismo es contar entre sus hijos á uno de los principales bienhechores de la humanidad, que consagró su vida á la formación cristiana de la niñez y dejó una hermosa institución, exclusivamente consagrada á obra tan laudable. Adelantándose á las exigencias de su tiempo, señaló nuevos rumbos á la enseñanza, perfeccionó los métodos pedagógicos, escribió libros utilísimos sobre la materia, como el *Directorio de las escuelas*, las *Virtudes de un buen maestro*, que debían ser estudiados por los directores de la infancia. «Lo que debemos á Juan Bautista de la Salle», dice Brunetière, «es la gratuidad de la enseñanza, las universidades populares, las escuelas normales, la constitución de la enseñanza moderna. Sus discípulos han sabido acomodarse á los cambios sobrevenidos: son antiguos y son modernos, son del siglo de Luis XIV y son del nuestro. Han precedido en la vía del progreso á los que se tienen por los precursores y los nuncios del siglo XX.»²

¹ Cf. el opúsculo «Las fiestas de Canonización de San Juan Bautista de la Salle, en Quilón».

² Cf. Guibert, Histoire de St. Jean Baptiste de la Salle, Fondateur des Frères des Ecoles Chrétiennes, par un Directeur de l'Ecole Normale.—Déposition du Frère Justinus dans l'enquête sur l'enseignement secondaire.

CAPÍTULO TERCERO.

GOBIERNO Y DISCIPLINA ESCOLAR.

1. Necesidad del gobierno escolar. — 2. La disciplina escolar, su importancia y división. — 3. Diferencia entre los países latinos y los anglosajones en cuanto al régimen escolar. — 4. Lo que debe ser una casa de educación. — 5. Necesidad de un buen director, sus dotes y norma de proceder. — 6. Reglas principales para el buen gobierno de una casa de educación. — 7. La disciplina preventiva. — 8. La disciplina directiva. — 9. La disciplina emulativa. — 10. La disciplina represiva. — 11. Los alumnos y la disciplina escolar.

1. Necesidad del gobierno escolar.— En los capítulos precedentes hemos tratado de la organización, métodos y procedimientos de enseñanza, del plan de estudios, etc. Mas para que una casa de educación consiga su objeto, no basta sólo dictar buenos reglamentos, sino que es preciso hacerlos cumplir, sin lo que carecerían éstos de utilidad práctica.

Todo plantel de educación ha de tener, pues, su gobierno ó *poder ejecutivo*, encargado de la puntual observancia de las leyes escolares. Y si el adelanto ó el atraso de las sociedades doméstica y civil depende en gran parte del buen ó mal desempeño de los encargados de gobernarlas, cosa igual acontece en los establecimientos de enseñanza. «Por falta de gobierno se arruina el pueblo; donde abunda el consejo, allí hay prosperidad», dice Salomón en el Libro de los Proverbios¹. Cuando los maestros y directores de la juventud están dotados de sabiduría, prudencia y celo, cuando en su gobierno proceden con rectitud, desinterés, energía y prudencia, obtienen frutos razonados. Por esto juzgamos oportuno tratar del gobierno y de la disciplina escolar.

2. La disciplina escolar, su importancia y división.— En sentido lato, la disciplina es la regla que dirige una actividad cualquiera para comunicarle rectitud y energía. Con respecto á la escuela; la disciplina comprende el con-

¹ «Ubi non est gubernator, populus corruet: salus autem ubi multa consilia» (Prov. xi, 14).

junto de prescripciones é influencias encaminadas á dirigir la educación en todas sus formas¹.

La disciplina abraza también las prácticas y medidas conducentes á organizar bien las clases, á procurar en ellas el orden y la regularidad, á asegurar, por lo mismo, la eficacia de la enseñanza y el éxito de la educación. La disciplina contribuye, además, á formar la conciencia del alumno, acostumbándole á gobernarse según el deber y á inquirir si es ó no lícito el acto que va á ejecutar: ella activa el trabajo, previene las faltas ó las corrige, conserva el orden exterior y el espíritu de obediencia entre los escolares, fomenta las buenas costumbres y la piedad; por lo que es muy útil al niño y á la escuela.

La disciplina es de grande importancia, porque sin ella no es posible educación alguna. Los esfuerzos de los padres y maestros por desarrollar las facultades físicas, intelectuales y morales del niño, serían infructuosos si éste quedara abandonado á sus caprichos, fuera árbitro de su voluntad y no se lo sometiera á una disciplina conveniente y bien calculada. Por esto se dice que *tanto vale una escuela cuanto vale su disciplina*.

La disciplina escolar manifiesta al niño sus deberes, evita las ocasiones de infringirlos y corrige á los transgresores para enmendarlos; por lo que se divide en directiva, preventiva y represiva. La primera llena su objeto mediante el reglamento escolar; la segunda dicta reglas y adopta medidas para evitar las faltas; y la tercera las castiga cuando se han cometido.

Con el nombre de *disciplina liberal* se encomia hoy un sistema de educación que, á título de no constreñir al niño, espera todo de su libre voluntad y de su conciencia. Tal sistema es funesto, porque los niños no entran en plena posesión de su inteligencia y de su libertad sino por la educación, y ésta es inseparable de la disciplina. Privar al niño

¹ En el desarrollo de varios puntos de este capítulo nos han servido de guía «Les Éléments de pédagogie pratique» y el «Directoire scolaire», antes citados.